

De la trascendencia

Hemos sido invitados por las autoridades a participar en una reflexión acerca de la clase magistral con que se inaugura el presente año académico, cuyo tema es “Refundar un humanismo como tarea para la Universidad”; dictada por el R.P. Fernando Montes S.J. Proponiéndonos abordar el capítulo final “El quiebre de la trascendencia”

Bien sabe todo universitario que una reflexión comienza por un silencio. Un silencio para partir a buscar y a encontrara aquello que nos concierne, que nos toca en carne viva en el texto que se nos propone. Ello es dialogar. Cabe, entonces, presentarse. Ante el autor y los participantes. Exponemos: nos ha tocado llevar adelante un diálogo entre la poesía y el oficio, aquel de la Arquitectura y de los Diseños Gráficos e Industrial. En dicho dialogar hemos oído a la palabra poética decir “Santidad de la Obra”, ello hace ya unos treinta años, palabra que nos ha permitido alcanzar una experiencia acerca de la profundización y el enaltecimiento. Experiencia que quisiéramos que fuese una, que junto, en intercambio, con las experiencias de los que participaran viniera a conformar un espacio, donde se constituye un ámbito universitario. El ámbito que recibe la tarea encomendada. Tarea, en el decir poético, es que lo inaparente se vuelva aparente, apariencia. Y en ello – a nuestro entender – se da propiamente una primera aparición de lo trascendente. Que es paso primero de una experiencia en común. Aquella de palpar el íntimo diálogo entre profundización y enaltecimiento. Paso que invita y conduce a uno segundo.

El ámbito universitario cual experiencia del íntimo diálogo entre las apetencias de la profundización y enaltecimiento, se ubica obviamente en nuestro tiempo. Al respecto, todos convendrán que el conocimiento que alcanza planteamientos se constituye en disciplina y oficio se constituyen en profesiones. Por tanto todos convendrán también, que el universitario de disciplinas, oficios y profesiones procede racionalizando por los caminos de la lógica que generaliza aquello que es semejante, y aquello que es distinto por los caminos – quisiéramos llamar – del afecto, – que viene a otorgar a cada singularidad un espacio donde desenvolverse. Ahora bien, cabe reparar que en la actualidad, conocer y saber hacer, razonar y afecto nacen separadamente, autónomos entre sí, y la labor consiste en hacerlos converger. Labor que requiere, por cierto, de una voluntad; voluntad – que así mismo – requiere de una educación. El ámbito se da así, cual ese permanente propósito. Su realidad es por tanto, una realidad – propósito. Ella requiere, a su turno, cuidar que ningún propósito ajeno o extraño venga a desviar del puro converger. Entonces la voluntad, la educada voluntad que lleva adelante al propósito, a la realidad – propósito, ha de ser como la que toda persona reconoce como la “buena voluntad”. Y la buena voluntad al ser buena no puede dejar de inquiriese acerca de si esos nacimientos autónomos del conocer, saber hacer, racionalidad y afectos son frutos de una libertad, o bien, su negación, cuando no algo que resulta indiferente. E inquirir es investigar. La universidad es íntimamente investigación. Volviendo a la Santidad de la Obra, esos nacimientos autónomos significan una prueba de libertad, una escuela para ella, de su maduración que acoge la compleja heterogeneidad de las autonomías en su

educarse. Y según la experiencia nuestra, “la buena voluntad madurando su libertad”, es la segunda aparición de la trascendencia. Ella también abre y guía a una tercera.

La buena voluntad probándose en las actuales circunstancias; en las que nadie negará que recorreremos una evolución. Una en que el ámbito universitario de constituirse a la manera de un hogar que venga a otorgar intimidad al acto de estudiar, y en el que los profesores se incorporan de por vida y los alumnos en un período único, concentrado, evoluciona a un conjunto de diversos ámbitos combinables por una cierta solidaridad, que permite e impulsa a trasladarse entre ellos a fin de acercarse, participar de los óptimos actuales; y al par, ese periodo único concluido del alumno se expande en una secuencia de periodos que alternan el ámbito universitario con la concreta vida de la ciudad u otros lugares. Tales evoluciones comparecen como irreversibles, pues la especialización y la accesibilidad las imponen. Dado que cada vez más múltiples y diversos quehaceres ingresan a la universidad; cada vez más mayores cantidades de postulantes ingresan o re – ingresan para actualizar sus especialidades. Todas estas circunstancias piden que nuestra voluntad en su maduración se vuelva voluntad de no alterarse, de no pretender ser otro, sino uno mismo. Es la voluntad de ser en mansedumbre, de ser manso, con los otros y con uno mismo. En cuanto a la Santidad de la Obra, ella ha sido para nosotros experiencia de oír a la poesía en una proximidad codo a codo de arquitectos y diseñadores, en la que una vez; oye primeramente este y a la vez siguiente aquel otro, ello no como juegos de la fortuna, sino como el connatural quehacer de un ámbito; en el cual le es mansamente otorgado a uno el identificarse desde si mismo y al par desde un “nosotros”, o sea, subjetiva y objetivamente. Digamos: la mansedumbre es la tercera aparición de lo trascendente. Nuevamente se abre, se anuncia una cuarta.

Lo que se anuncia es que la mansedumbre nos coloca ante lo finito y lo infinito. Es la experiencia de la Santidad de la Obra, en el reposo, en el reposo tomado como el basamento en que firmemente reposamos para llevar adelante nuestro quehacer, y tomado como la recapitulación – al término – de los frutos cosechados. El reposo es un acto. Un acto con su dimensión de presentación y su dimensión de representación. Pongamos un ejemplo: tomemos el reposo de recapitulación: una buena nota para un buen estudio, ello es presentación. Y la representación: la buena nota es satisfacción para el profesor, estímulo para el estudiante, abertura para los compañeros. Correspondencia entre presentación y representación. Que indica que el reposar en el basamento y el reposo de la recapitulación se corresponden. Es lo finito. En su conclusividad, en su ser concluso. Como en la poesía, lo es en un poema. Y prosiguiendo con el ejemplo de la buena nota, ella da cuenta de un valor moral: el recto cumplimiento de una acción de enseñanza y aprendizaje. Y ella, al par da cuenta de un valor creativo: la reafirmación o el descubrimiento de un cierto aspecto de la materia estudiada. Valor moral y valor creativo enriqueciéndose, fortaleciéndose mutuamente. La experiencia de la Santidad de la Obra nos ha enseñado todo esto. E implícitamente nos está señalando el infinito. De las creencias naturales y de la fe sobrenatural. En que tantas creencias son – hoy – credibilidad, la que entra en negociaciones aportando avales que garanticen: es lo externo. Y lo interno es la fe, en la que el amor de Dios “le revela al hombre el hombre”, al

hombre externo de la credibilidad. Para el amar de Dios cada hombre es irremplazable, así, cada hombre recorre su íntima senda hacia lo definitivo, hacia la eternidad. Vamos, entonces, por sendas paralelas. Cada una por su propio grosor, paralelas que convergerán mañana en el cielo y hoy, en la tierra, el Sacramento de la Eucaristía, Paralelas que van unas en el comienzo, otras a medio camino, otras finalizando; sin embargo todas en la posibilidad de ir al unísono en la esperanza y la caridad que el amor de Dios nos dona. Y aquí, ahora, completamos lo que puede señalar la Santidad de la Obra. Pasemos, entonces, a referirnos al ámbito universitario. Advirtamos que la experiencia nuestra y esta propia redacción vienen hablando del explicitar, de explicitar nuestra intimidad, ese don que Dios nos revela.

Es que con tal sentido del explicitar queremos contribuir a la disponibilidad del ámbito universitario, para abocarse a la tarea que el Padre Montes nos encomienda. Consideramos que contribuye también al que aún explicitemos que esta redacción con sus cuatro pasos a dar, con sus cuatro apariciones de la trascendencia, tiene un tono pedagógico, que el evocar la pedagogía divina de la historia de la Salvación, quiere ser una súplica, una petición. Y ahora, señalado esto último, aparece por vez final la trascendencia. Vale decir, abrimos la intimidad a aquello que los participantes expongan explícita o implícitamente de una buena voluntad madurando su libertad mansamente, que explícita el don de su intimidad.

Alberto Cruz Covarrubias

Leído en la casa central UCV.

*Con ocasión de la apertura de la jornada dedicada a:
"pensar el humanismo cristiano"*